



COSITAS SUELTAS

Por Carlos Robreño

¡14 de Julio!

Fecha gloriosa, no solamente para la Francia inmortal sino para todos los hombres libres del universo, pues un día como hoy, hace 168 años, el pueblo parisiense, exasperado por los horrores de un régimen de opresión, amotinóse ante los muros seculares de la Bastilla, la tétrica prisión en cuyos colabozos parecían extinguirse todo hálito de libertad y con gesto viril comenzó la trágica epopeya que sirvió para la proclamación de los derechos humanos, plasmando así sobre la faz de la tierra aquellos ideales que surgieran en Norteamérica en otro día del propio mes de julio, el de 1776.

Talmente parece que el mes de julio es pródigo en fechas gloriosas para la Libertad.

★ ★ ★

Nuestra edad.

Para aquellos que la presumen a través de las narraciones que escribimos sobre sucesos presenciados cuando éramos muy niños o que conocimos por referencias, quizás se les antoje muy avanzada.

En cambio, a los que actualmente encuentren en nuestros pronunciamientos las mismas ideas, expresadas acaso con idénticas palabras que hace veinte años, acaso consideren que todavía no han caído a nuestro paso el número suficiente de hojas de almanaque que alfombran la entrada de la vejez.

No obstante, ni hemos arribado todavía al límite de días vividos que señala el Marqués de Cabriñana en su Código de Honor, para mantenerse al margen de toda actividad combativa, ni tampoco disfrutamos de ese privilegio que conceden las arrestos juveniles cierta impunidad para liarnos irresponsablemente a estacazos, en medio del arroyo, con el primero que nos salga al paso: como gañanes de aldea.

Nosotros también fuimos jóvenes. ¿Cómo no habíamos de serlo, si esa etapa forma parte de un proceso biológico? Pero no hacíamos alarde de semejante privilegio, porque comprendíamos que ni en su alcance, ni en su perdurabilidad podían intervenir nuestros méritos, ni nuestro esfuerzo, aunque siempre hemos admirado el arrojo de los jóvenes que saben cumplir con su deber desafiando el peligro.

Eso sí. Exigimos para nuestros años, pocos o muchos, el respeto que merece una vida de afanes y sacrificios, dedicada íntegramente al trabajo, sin aspiraciones de apostolados, sin quimeras de beatificación, admitiendo errores, defectos o pasiones inherentes al ser humano, pero tratando en todo momento de ser un humilde ciudadano de bien. Si a través de tan dura senda no tuvimos el talento, habilidad o suerte de acumular una fortuna que otros pudieron lograr, no nos guía contra ellos ningún sentimiento mezquino.

★ ★ ★

Recibimos de nuestros mayores, como sagrado legado, una pluma para la que siempre hemos guardado el culto de las legendarias hojas toledanas: "No la esgrimas sin razón, ni las guardes sin honor". Procuramos siempre mantenerla y creemos haberlo conseguido, sin mojarla en la tinta impura de la calumnia vil, del chantaje abyecto; de la zalema indigna, de las sumisiones infamantes, de la cobardía vergonzosa.

Y sólo aspiramos, cuando afrontemos ese minuto fatal que a todos, viejos y jóvenes, más tarde o más temprano nos llega, poder dejar como reverenciada herencia a esos dos hijos que son nuestro orgullo, una pénéola que nunca supo de interesadas claudicaciones, porque como el héroe de Rostand, la consideramos como "mon panache". ¡Mon panache!